

tar los derechos de propiedad de la burguesía.

2. Está prohibido cobrar la reina; no se puede, por lo tanto, afectar a las fuerzas armadas como cuerpo, ya que si se hace "... patearán el tablero y seguirán jugando solas".

3. La partida es desigual y no sólo la izquierda, sino las fuerzas democráticas, disponen de pocas piezas y dada la identidad de los jugadores y la disposición de las fuerzas, "parecería que la única opción realista para la izquierda es aceptar las restricciones (...) y confiar en que en el futuro se le presentarán, de algún modo, oportunidades más atractivas".

4. Habrá que motivar a los jugadores más peligrosos, aun con la triquiñuela de hacerles creer a los "blandos" que juegan con las blancas, es decir, que la iniciativa está en sus manos.

Estratégicamente los jugadores deben manejar las siguientes premisas: se juega sólo por piezas y espacios, no se trata de una batalla para eliminar opositores; no es necesario alcanzar un consenso previo sobre los valores democráticos, es posible obligar a los jugadores a aceptar las reglas durante la partida.

El destino del tránsito será incierto durante largo tiempo, aunque presentará variantes por casos. En sociedades "gelatinosas" se abrirá un espacio limitado que servirá únicamente para ratificar las desigualdades sociales y económicas preexistentes. Por el contrario, en aquellas en las que el sector popular pueda emerger unido y pujante, el tránsito será más rápido y existe la posibilidad de iniciar un movimiento hacia la socialización, a condición de que los "maximalistas" no desbaraten la partida con sus exigencias.

Para los autores de las conclusiones tentativas, la democracia política se genera en medio de un empate y disenso, más

que de consenso, en su definición: "Es el fruto de la interdependencia de intereses antagónicos y de la diversidad de ideales discordantes entre sí, en un contexto que alienta la interacción estratégica entre actores cautelosos y fatigados."

Para mantenernos dentro del marco del realismo maquiaveliano, quizá hubiera correspondido que el volumen cuatro llevara por título *Conclusiones inciertas sobre democracias tentativas de estilo neoliberal*.

Ana Buriano

Ronald H. McDonald y J. Mark Ruhl, *Party Politics and Elections in Latin America*, Westview Press, Boulder, Co., London, United States of America, 1989.

El interés por los temas electorales parece cobrar importancia en América Latina a raíz del desplazamiento que han sufrido los gobiernos militares dentro del espacio político continental. Después del predominio que en algunos lugares mantuvieron durante la década de los setenta, los representantes de las fuerzas armadas se han visto obligados a ceder terreno y, aun si en países como Argentina, Brasil, Chile y Uruguay da la impresión de que su poder continúa manifestándose tras bambalinas, en el transcurso de los años ochenta no les ha quedado más remedio que traspasar el control ejecutivo de los Estados a manos civiles.

Además de aquellos lugares en los que la institucionalización de la vida política ha contribuido a revalorar el papel de los procesos electorales y de los actores que participan en los mismos, los cambios que en otras partes se han originado alrededor de los resultados obtenidos en las urnas (radicales en Nica-

ragua y por lo menos simbólicos en México) e incluso las sorpresas en cuanto al comportamiento de los votantes (Nicaragua y Perú mostraron las dificultades inherentes a cualquier predicción que se haga en este campo), también han influido para adoptar nuevas perspectivas sobre el papel que para América Latina puede jugar la participación ciudadana en la designación de gobernantes.

En este marco adquiere relevancia el ejercicio de política comparada que nos ofrecen Ronald H. McDonald y J. Mark Ruhl, quienes al introducimos en el complejo mundo de los partidos políticos, de las elecciones y de la conducta electoral que priva hoy en Latinoamérica, se inscriben en una tendencia que rescata para el mundo académico las cuestiones ligadas con la democracia política y con los mecanismos a partir de los cuales la misma se vuelve operativa.

Como cualquier trabajo que aborda una área en la que el punto de partida es la diversidad, la tarea emprendida por los dos politólogos norteamericanos enfrentó las dificultades de abstraer experiencias generalizables para todo el continente en función de las distintas realidades que cada una de las partes presentaba. La salida se buscó dando primero un tratamiento individual y sistemático a los países que previamente se habían ordenado de acuerdo a su sistema partidista y condensando después en la introducción y en las conclusiones el análisis comparativo de todos ellos.

La clasificación que les sirve de base coloca en el mismo grupo a Cuba, Nicaragua, México y Paraguay, como representantes de sistemas en los que predomina un solo partido. El segundo bloque (países bipartidistas) está conformado por Colombia, Uruguay y Honduras, mientras que el tercero corres-

ponde a Venezuela, Argentina y Costa Rica (caracterizados como sistemas bipartidistas emergentes). Entre los sistemas que cuentan con varios partidos se incluye a Chile, Perú, Bolivia y Panamá y, por último, se engloba dentro de la categoría de sistemas multipartidistas emergentes a Brasil, Guatemala, El Salvador, Ecuador y República Dominicana.

Cualquier ordenamiento que se haga de un mundo tan heterogéneo como el latinoamericano corre el riesgo de ser refutado por propuestas que ofrezcan criterios alternativos de clasificación. En el caso del libro que ahora nos ocupa sucede lo mismo y aunque al utilizar el sistema de partidos como eje aglutinador sus autores fueron coherentes con el tema sobre el que se articuló el trabajo, con dicha postura limitaron la utilidad de los bloques resultantes. Las divergencias que separan a países ubicados por ellos en el mismo grupo son para nuestro gusto mayores que los puntos de confluencia, hecho que disminuye la validez empírica de los cortes empleados. En este sentido creemos que surge un problema de fondo, o por lo menos una perspectiva que no compartimos, cuando se circunscribe el análisis electoral a los partidos políticos y a los resultados que arrojan las votaciones; al dejar de lado el contexto general que les da forma y que a la vez los dota de contenido, surge un problema de fondo, o por lo menos una perspectiva que no compartimos.

Habría que aclarar sin embargo que, en cierta manera, las conclusiones se encaminan a superar dicha limitación y que en ellas se ofrecen una serie de proposiciones tentativas que recurren a factores adicionales para explicar el fenómeno de las elecciones. Destacan entre los temas allí incluidos aquellos relacionados con la movilización social, con

los conflictos generacionales en el interior de los partidos, con la incorporación de las clases medias en el liderazgo de los mismos, con la relación entre la modernización y el comportamiento electoral, con el papel de valores tradicionales que han conducido al clientelismo, al patrimonialismo, al personalismo, y a otras formas de poder poco institucionalizadas, con las condiciones específicas que rodean el crecimiento de las economías exportadoras, con los problemas de origen étnico y racial y, finalmente, con un marco político más amplio que enriquece las propuestas originalmente circunscritas al ámbito electoral.

Así pues, la consulta de la investigación que llevaron adelante McDonald y Ruhl puede ser atractiva para quien desee aproximarse a los problemas que se han generado alrededor de las urnas y del ejercicio del voto en América Latina. Además de lo que ya se ha dicho, el trabajo tiene la virtud de incluir para todos los países información similar, de allí que el lector encuentre reunidos en un solo texto ciertos datos que de otra manera ten-

dría que buscar en estudios nacionales. En cada caso se hace un seguimiento histórico de los partidos, se describe el sistema electoral y se mencionan las tendencias que para los autores parecen predominar a largo plazo, con lo que se mantiene el mismo hilo conductor, aunque, debido sobre todo a las disparidades en cuanto a la información disponible, en algunas de las descripciones se ahonde más que en otras.

Para concluir simplemente agregaríamos que la lectura de este libro también es interesante por lo que de polémica puede tener la postura política de sus autores. A partir de la misma se hacen afirmaciones con las que discrepamos (como por ejemplo cuando se habla del carácter marxista del FSLN de Nicaragua), pero que en todo caso no invalidan el trabajo y que además resultan útiles para acercarse a las interpretaciones predominantes en ciertos círculos académicos norteamericanos dedicados al estudio de América Latina.

Diana Guillén